

Testimonio de fe

Entre la tradición y la modernidad, el espíritu del Vaticano II

Feliciano Montero *

Catedrático emérito de Historia Contemporánea. Universidad de Alcalá de Henares

Desde hace tiempo no doy testimonio explícito de la fe. Tal como aprendí en la Juventud Estudiante Católica (JEC), el testimonio y la evangelización se hacen de forma implícita, desde el anonimato, como levadura en la masa, a través del comportamiento evangélico. Pero de tanto no explicitarlo el anuncio concreto del evangelio puede haberse diluido en medio de otros testimonios de valores análogos, creyentes o no...

Normalmente en mi vida cotidiana no hablo apenas de mi fe cristiana, ni de Jesús, algo más de mi Iglesia; pero si alguien me preguntara por mi identidad religiosa y cultural diría sin dudar que quedé marcado por el espíritu del Concilio Vaticano II y la mística de

la Acción Católica (AC) especializada, que, conjuntamente, me configuraron en esa etapa crucial de la adolescencia y la juventud, en el final del bachillerato en los Maristas de Salamanca y los primeros años en la Universidad. En ese tiempo, entre 1965 y 1975, que coincide precisamente con la primera recepción del Concilio y el tardo-franquismo, fue madurando una nueva concepción y vivencia de la fe cristiana, que venía a renovar, no sin dificultades y resistencias, la fe tradicional, fuertemente arraigada, que aprendí en mi casa y en el colegio.

El espíritu piadoso y apostólico (Piedad, Estudio, Acción) que pronto aprendí en la AC, desde el Aspirantado, reforzando mi educación familiar, consolidó fuertemente una vivencia y práctica religiosa muy intensa, que implicaba unos comportamientos morales exigentes, pero que marcaba una

* Autor de *El primer catolicismo social y la Rerum Novarum en España (1899-1902)*, Madrid 1983; *El movimiento católico en España*, Madrid 1993, y *La Iglesia de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*, Madrid 2009.

fuerte separación y confrontación con el mundo exterior.

La pedagogía de la JEC, inicialmente aprendida en el centro «interno» del bachillerato superior de los Maristas de Salamanca, me fue abriendo horizontes nuevos y creando conflictos con la cosmovisión tradicional. Fundamentalmente en la JEC, como en el conjunto de la AC especializada, a través del ejercicio de la Revisión de Vida, fuimos descubriendo que la vida y los valores evangélicos debían encarnarse en la vida cotidiana. Que el «mundo» no era necesariamente el pecado, sino que los valores cristianos, a la luz del evangelio, se descubrían en la vida cotidiana, en los «signos de los tiempos», que diría el Concilio. En la dinámica de la Revisión de Vida de los equipos de militantes de la JEC íbamos descubriendo y asumiendo, sin saberlo, la nueva teología del Vaticano II, la que inspiraría el nuevo concepto de Iglesia como «pueblo de Dios» y, por tanto, el lugar protagonista del seglar en la Iglesia; así como la nueva forma, optimista e integradora, de relación entre la Iglesia y el mundo moderno (la *Gaudium et Spes*). Y sobre todo el «diálogo» en el interior de la Iglesia y en relación con el mundo moderno, propuesto por Pablo VI (1964, *Ecclesiam Suam*) como método e instrumento principal en el camino del Concilio. Ese

diálogo es el que aprendíamos y practicábamos en las reuniones, en las reflexiones, en los compromisos. Con las implicaciones inevitablemente políticas que la aplicación de esta mentalidad moral suponía en el contexto de un régimen autoritario, que se legitimaba como católico.

Cuando ya en la segunda mitad de los sesenta se iban recibiendo y difundiendo los documentos del Concilio, los que habíamos sido socializados en la JEC (y en el resto de los movimientos especializados de AC) encontrábamos básicamente confirmadas y legitimadas nuestra manera de entender y vivir la fe, según el espíritu de la Revisión de Vida. Incluyendo también la extraordinaria renovación litúrgica en «Eucaristías» tan participativas. Y esto era más real y más fuerte que las desautorizaciones y las críticas.

Ciertamente la vivencia radical de la fe en el diálogo fronterizo con la laicidad en sus diversas manifestaciones, produjo crisis de identidad y de fe en los militantes, urgidos por otra parte por el compromiso político por la democracia. El riesgo de reducir la fe al «compromiso temporal», de sustituir la Revisión de la Vida por el análisis marxista de la realidad, las interrelaciones culturales y políticas procedentes del exterior pusieron

Testimonio de fe

en peligro la propia identidad cristiana, que se vino a refugiar eficazmente en la vivencia religiosa de las Comunidades cristianas de base. Así se fue conservando y alimentando la vivencia de la fe a la vez que, en un plano distinto, se iban conformando los compromisos sociales y políticos en la vida profesional.

En el proceso de secularización de la fe, en permanente diálogo con la modernidad, se fueron dejando quizá demasiado referentes específicamente cristianos, mientras quedaba siempre latente una crítica a la institución eclesial...

Han pasado cincuenta años del Concilio Vaticano II y en medio de

las dudas y las contradicciones, de la manera a veces un poco vergonzante de vivir y proclamar la fe, sigue dominando aquel espíritu apostólico de la AC especializada, (de la levadura en la masa), y aquel amor a la Iglesia, aprendido en la AC, que me permite ser autocrítico sin dejar de ser fiel.

De alguna manera mis estudios históricos sobre el Movimiento Católico y la Acción Católica, así como sobre el conflicto catolicismo-laicismo, sin dejar de ser estudios fundamentalmente académicos planteados desde la crítica histórica, son también en su objeto, talante y enfoque, prolongación de estas interpelaciones juveniles sobre la relación de la fe con la laicidad. ■